



Rafael Cabanillas Saldaña

EN LA RAYA DEL INFINITO

Quercus 🌿 **Enjambre** 🌿 **Valhondo**

“La mejor Literatura sobre la España vacía”





Quercus 🌿 Enjambre 🌿 Valhondo

No hay mayor felicidad para un editor que ser depositario y transmisor de aquellas obras que convierten nuestro oficio en un auténtico privilegio.

Eso es lo que, gracias a la generosidad de su autor, Rafael Cabanillas Saldaña, hemos ido viviendo con la entrega de cada una de las novelas que componen la extraordinaria saga de ***En la raya del infinito***.

Primero fue ***Quercus***, conmovedora desde su mismo arranque, valiente, brutal, desgarradora y, al mismo tiempo, emotiva, inmensamente bella, acogida por sus lectores con verdadero entusiasmo.

A continuación llegó ***Enjambre***, donde palpita la misma pulsión de su antecesora, idéntico compromiso y una insólita sensibilidad que la convierten en la obra delicada y exquisita que tantos aprecian. Con ese sentimiento nostálgico por una forma de vida que desaparece, que se nos escapa de las ***manos***.

Y finalmente, ***Valhondo***, el más brillante de los cierres posibles de esta extraordinaria trilogía que permanecerá en la memoria constante de cuantos a ella acudan. Porque allí encontrarán siempre las voces y los ecos de unos lugares, de unos hechos, de unas gentes que son nuestra raíz, nuestro legado y nuestro ejemplo.

Desde la Editorial Cuarto Centenario hemos tratado de ofrecer lo mejor en la edición de estos libros. Ojalá hayamos logrado estar siquiera a la altura de la gran Literatura que su autor nos ha regalado. Ustedes, lectoras, lectores, tienen la última palabra.



En la raya del infinito

Un día de primavera de aquellos años de la última crisis financiera, en 2010, visito a un amigo guarda de caza, de nombre Abilio, en una aldea de Los Montes de Toledo.

El campo está hermoso, corre el agua por las torrenteras, los musgos son esponjas hinchadas de un verde fosforescente y ya brotan los rebollos y los quejigos formando en sus copas nubecillas evanescentes. Pero mi amigo está hecho mixtos, *devorao*. Destrozado y acodado como una estatua en la barra de la taberna, pues le ha dado por beber. Eso dijo su prima cuando me llamó, que se había dado a la bebida.

¿Por qué? Pues porque el señorito Carlos, al que Abilio llama respetuosamente el dueño, acaba de despedirlo de su trabajo. Despedido al cumplir sus cincuenta años, de los que treinta ha trabajado de guarda en la finca. Allí nació, allí se crio, levantando *venaos* y *jabalines* de sus encames para que los mataran los señorones en sus puestos, pues guardas de esa misma tierra fueron su padre y su abuelo. Igual que don Carlos, que heredó el nombre y la finca de su padre y de su abuelo. Parece lo mismo en la cuenta del haber, en la cuenta de resultados, pero no lo es: Abilio solo heredó el nombre, la bandolera de cuero, el mosquetón y el viejo sombrero de fieltro.

Don Carlos le ha llamado al teléfono móvil que le regaló en su día, aunque había mala cobertura, pues estaba con su familia esquiando en Suiza, y le ha explicado la situación:

-Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, Abilio. Nos hemos pasado de listos. Nos hemos creído todos ricos, todos iguales, y mira ahora la crisis que nos ha caído encima. Todos iguales, Abilio, un imposible.

Son los mismos argumentos que el guarda viene oyendo al amanecer, cuando *enchisca* la radio en la cocina de la casilla de la finca, mientras prende la lumbre para arrimar el puchero *colorao* del café. Todos iguales, Abilio, todos iguales.

Está amaneciendo y las reses andan ahí fuera de careo.

Es soltero, un mozo viejo, pues la única mujer que ha conocido es esa sierra. Esa sierra, esa finca, siempre han sido su novia y su vida. A ellas se ha entregado en cuerpo y alma.

– *Abrrrrreviando* – me explica Abilio con su lengua de trapo, anes-
tesada por el alcohol que se traba en la “erre” –, que don Carlos me despide, sintiéndolo mucho y con todo el dolor de su corazón, con no sé qué coño de un ERE, pues se le ha ofrecido una pareja que le van a hacer un apaño de dos por uno: el hombre, de guarda, y la mujer para aviar la casa. – Los dos por 800 euros. Mucho menos que tú, Abilio.

La casa... y lo que se tercié, jefe. Lo que haga falta, don Carlos, si lo exige la entropierna.

Pocos años más tarde, la noche en la que Abilio murió en la habitación de un hospital, solo, pálido como la cera, víctima de una cirrosis que se fue comiendo su hígado día a día, a mordiscos, yo comencé a escribir las primeras líneas de *Quercus. En la raya del infinito*. Necesidad vital. Él sobre esa cama, muerto, tan amarillo como las rastrojeras donde careaban sus reses, y yo frente a este papel blanco, inmaculado, dispuesto a recibir igual que una virgen las primeras letras de su propia sangre.

No era la postguerra ni los años del hambre, era – es – la primera mitad del siglo XXI. La década de las tecnologías y de enviar cacharritos a Marte. Incluso de trasplantarte el corazón y ponerte el de un gorrino. Aunque a algunos – a muchos – no les haga falta trasplante.



Finalizada aquella crisis financiera – si es que finalizó, pues todavía quedan muchas deudas pendientes –, aunque sí se saldó haciendo más avaros a los avaros y más pobres a los pobres, depreciando sus salarios y sus vidas, llegó la crisis de la pandemia. Una crisis global, sanitaria, humana, económica y social, que ha puesto el planeta patas arriba.

En los primeros meses de la pandemia, un dueño de otra finca ale-
daña se infecta de Covid en la capital y decide confinarse en sus tierras. En su finca alambrada, cerrada a cal y canto. Confirmando que sí se pueden poner puertas al campo.

Es un hombre rico y poderoso, pero ese virus cabrón no repara en nombres ni en fortunas, igualándonos a todos; ahora sí, querido Abilio, – “...; *allí los ríos caudales, allí los otros medianos e más chicos...*” –, que diría Jorge Manrique a la muerte de su padre.

Está enfermo de ese mal contagioso que tanto y tan rápido mata, pero no se lo dice a la gente de su finca que lo cuidan y lo acompañan: la cocinera que le guisa, que le hace las migas que le gustan al amo, los guardas que vigilan su caza... A los pocos días, uno de ellos enferma también.

La voz corre por la sierra, pues aquí es imposible acallarla. La lleva el viento, se arremolina y se hace eco en las cuevas de la montaña.

Se quejan de que de ellos no se acuerde nadie y que ahora vengan a traerles ese mal. El infecto invisible y secreto. La gente de la ciudad que huye a los pueblos para esconderse en su útero materno. La madre tierra acogiendo a sus hijos pródigos, aunque no pueda darles de comer. En las aldeas, en los bares y en las plazas, critican sin disimulo a ese dueño por no advertir y preservar la salud de sus criados.

– Al menos, ahora se puede hablar con libertad, que *pa* algo estamos en democracia – dicen algunos, *envalentonaos* ya por el aguardiente de la mañana.

Cuando la crítica llega a los oídos del guarda contagiado, éste suelta a la defensiva:

– Hizo bien en no advertirnos. El amo es tan bueno que no quiso preocuparnos.

Corría el año 2020. Cuando llegué a mi casa, conecté el ordenador y comencé a teclear las primeras palabras de *Enjambre*, la segunda novela de la trilogía. Para convocar incluso a los que creen merecer todos los males, divinos y humanos, por haber nacido en una tierra donde hay que aceptar y dar por bueno, sin rechistar, el contagio del señorito. No vaya a arrancarte el cacho de pan que te echas a la boca. De tu boca desdentada es fácil extraerlo, de la de tus hijos será más complicado. Todavía tienen buenos colmillos y todavía tardarán un tiempo en ser domesticados. Domesticados en la sumisión.

Por eso había que ponerse a escribir deprisa. Hasta que se agotaran las palabras. Seguir dando gritos, como lo fue el de *Quercus*. Que es un alarido. El alarido espeluznante que da la Niña Chica desde el interior de la casilla de *Los santos inocentes*, y que en *Enjambre* se torna mudo, callado, como los gritos que mejor llegan al alma. Gritos cargados de dolor. Un dolor aceptado, asumido. Una rabia amordazada por un sufrimiento que nos han hecho creer que es merecido, necesario, inevitable.

Y esa es también la intención que ha dado pie a *Valhondo*: la reversibilidad del abandono, del daño de la pobreza, del sufrimiento causado, del dolor infligido. La misma que me ancla vital y literariamente. El motivo por el que seguiré, mientras pueda, en la batalla de la escritura.



Cuando me marché de Valhondo tardé más de veinte años en regresar. Me fui lejos, a miles de kilómetros. Un salto, una escapada, un poner tierra de por medio. El único antídoto para desasirme de una tierra y de unas gentes que me hubieran obligado a permanecer en sus brazos eternamente.

Ahora mis alumnos, mis chicos, los que habían transformado y dado sentido a mi vida, ya serían hombres y mujeres. Yo, por entonces, había vuelto a España y era el director del Centro de Educación de Adultos de Daimiel. Apasionante trabajo también. El mayor orgullo profesional de mi vida: haber enseñado a leer a más de doscientas personas.

Un día recibo una llamada del delegado provincial de Educación de Ciudad Real. Me cuenta que, en la campaña de incendios de ese verano de pocos fuegos, no se habían realizado los viajes en helicóptero contratados y tenían que agotarlos en plazo. Por este motivo, estaban invitando a personas con cierta responsabilidad – educativa, sanitaria... – a realizar esos viajes y tener la experiencia de volar en helicóptero. Y él me lo ofrecía. Le dije que sí, que encantado y agradecido. Así podría hacer fotos – otra de mis pasiones – y luego contárselo todo a mis alumnos.

Así que, una mañana de septiembre, a buena hora, el helicóptero nos esperaba en medio del campo de fútbol de Ciudad Real. Éramos diez personas, más el piloto y el copiloto, que eran rusos. Cosas “raras” de las empresas y la Administración, de las contratas, las subcontratas y los chanchullos..., que finalmente degeneran en el parto de estos cacharros más viejos que Matusalén. Mejor no traer a la memoria ciertos y lamentables sucesos.

Aquello vibraba y hacía un ruido infernal. A pesar de los auriculares. Pero, cuando el aparato empieza a elevarse y enhebra en dirección oeste, mi percepción y mi brújula del corazón me dicen que nos dirigimos hacia la provincia de Toledo. A los montes. A mis montes de la verdad y el ensueño.

Después observo, a vista de águila imperial, el serpenteo de la ribera del Guadiana, las sierras de Porzuna y, más adelante, las fincas del Parque Nacional de Cabañeros. Me las conozco todas, sus riscaleras, sus pantanillos, sus rañas: El Castillo de Prim, La Dehesa del Carrizal, El Maíllo, Ciguiñuelas. De vez en cuando, los tejados grises de alguna aldea escondida en la sierra. Hasta que el corazón imantado de mi rosa de los vientos me da un vuelco al ver esas pedrizas y ese valle de alcornoques tan familiar.

El piloto desciende sobre unas casitas blancas – una en concreto con su corral –, una fuente, un algarrobo, una plaza. Es Valhondo. El Valhondo de mi alma.

Lo sobrevuela y continúa un par de kilómetros más, buscando el helipuerto que está en un hueco limpio de monte. Un círculo de yeso en polvo con una H en medio. Junto a una casa de forestales, rodeada de pinos, donde se ubica el retén de incendios. Al lado, un grupo de hombres vestidos con llamativos monos amarillos de faena – los hombres apagafuegos –, apartándose de la tolvanera que levantan las hélices del aparato al comenzar a descender.

Cuando cesa el ruido ensordecedor y apagan el trasto, siento un alivio apaciguador. Yo quiero bajar cuanto antes por esa escalerilla y besar la tierra, como había visto hacer en multitud de ocasiones al papa en la televisión. Quizás por eso, me dejan descender el primero.

Cuando, cauteloso, miedoso, doy un paso con lentitud, no vaya a marearme y caerme, veo que debajo están todos esos hombres de amarillo, esperándonos. Me asomo y entonces alguien grita:

– ¡¡¡¡¡Pero si es don Rafael, nuestro maestro!!!! ¡¡¡¡¡ Don Rafael que nos baja del cielo !!!!!

Sí, eran ellos, mis alumnos: Eusebio, Floro, Ernesto, Eustaquio, Aquilino...

Me abrazan. Son unos hombretones el doble de altos que yo. Me apretujan en el medio y, en su nerviosismo, me dan besos.

Entonces no había teléfonos móviles. Pero tienen una emisora y pueden dar aviso al ayuntamiento, por lo que oigo a Eustaquio decir:

– ¡¡ Llama a las chicas y diles que está aquí don Rafael, el maestro!! Que se traigan a los niños.

Al rato, aparece Rosana conduciendo un Land Rover, y Evelia, con su bebé en brazos. Aquilino, que se acerca a ella, le da un buen achuchón y dice orgulloso:

– Es mi mujer, don Rafael, ahora es mi mujer; y este es mi Aquilini-llo, que para Pascuas hará el año. Un añojo.

Y Evelia que lo aparta de un codazo: – ¿Se acuerda usted de él? Pues más bruto todavía que entonces. Maldito hombre.

También viene Estrella que dice que todavía conserva su cuaderno de *Viernes con Poesía*, y Elena con tres muchachillos a los que obliga a darme la mano, aunque el más pequeño llora.

– ¿Qué le parece, don Rafael, la piara que he formado en unos años?

Después nos comemos las migas, hablamos y lloramos. Lloro cuando me cuentan que Primitivo y la Nunci han fallecido – de pena, porque la Juani desapareció y no ha vuelto –, que Esther está de guardesa en Los Pastizales, que Alfonsina, la de las gafitas, consiguió hacerse enfermera y Luis, ingeniero forestal.

Y es verdad que su maestro había bajado del cielo, efectivamente. Pero los ángeles, los verdaderos ángeles, eran ellos. Por eso escribí *Valhondo*.

Para dar voz a los sin voz.

A los nadies de la sierra.

A todos los nadies.

Y para que, a su vez, a mí me llegue la propia voz de los lectores, también ellos habitantes inseparables de esta trilogía que componen *Quercus*, *Enjambre* y *Valhondo*.



De los centenares de escritos, mensajes, correos electrónicos recibidos de muchos de estos, he seleccionado cuatro, haciendo así realidad el sueño de todo escritor: que los lectores vivan en sus textos.

Cuatro mensajes de cuatro mujeres, jóvenes y mayores. Cada uno contiene más grandeza que mis tres novelas juntas. Son el testimonio de los que aprietan los dientes para salir adelante en la vida con la mirada limpia. Sin rencor. Con la alegría, la humildad y la generosidad de los héroes silenciosos. Orgullosas de sus orígenes que jamás olvidan.

Lo que para algunos, pobres ignorantes, inspira compasión, para ellas es el recuerdo de la felicidad perdida. Pobreza, humildad, pero

en perfecta armonía con la naturaleza y manteniendo los valores que hacen buenos a los hombres y a las mujeres. El testimonio, también, que reconoce a la lectura, a la escritura, a los libros y a la escuela, como transformadores de vidas, y que, en la parte que me toca, me anima a seguir escribiendo.

Sus autoras, M^a Ángeles, Carmen, M^a Dolores y Eugenia, desde Pamplona, San Pablo de los Montes en Toledo, Getafe en Madrid y Cardeña en Córdoba, hacen este planeta más habitable y mejor. El planeta que queremos. Gracias a ellas, recupero la confianza en el ser humano, y siento que detrás de esas sierras, en esos valles hondos de encinas y jaras, siguen existiendo historias que quiero y necesito contar en otros nuevos escritos.

Porque allí hay vida y hay esperanza.



Estimado Rafael:

Escuchando un día la radio, te oí hablar de tus últimos libros: Quercus, Enjambre y Valhondo.

Tal como hablaste de ellos, despertaste en mi un gran interés por leerlos.

Yo nací en Huertas de Ánimas, arrabal de Trujillo, y me crie en una finca llamada Barcaliente, próxima a Torrecillas de la Tiesa y a Aldea Centenera.

Mi padre era pastor, vivíamos en un chozo hecho con sus manos, con troncos y ramas de encina, recubiertos de escoba. No había escuela ni mucha gente para relacionarse, yo podría haber sido un Tiresias.

Mi padre me enseñó a leer, a escribir y a hacer quebrados, que era lo que él sabía, y también me enseñó a que el día de Reyes fuera mágico sin regalos. Asimismo enseñó a leer a un zagal de otra finca cercana, que era pastor y no sabía. Pasados muchos años este chico, ya un hombre, vino a nuestro pueblo y preguntó si mi padre vivía, fue a verle para darle las gracias por haberle hecho el favor más grande de su vida: enseñarle a leer.

Me dejó la mejor herencia, la lectura. Él leía todas las noches a la luz de un candil, primero de aceite, luego de petróleo y por último un carburo, en voz alta para mi madre.

He leído Quercus y Enjambre y he visto cada risco, cada encina, cada quejigo, cada garganta. He sentido el olor a monte, me has transportado a mi feliz infancia y a sentirme como si estuviera entre tomillos y jaras.

Gracias por tu léxico, por esa descripción tan rica que haces de cada lugar, no falta nada, puedes ver y oler cada rincón y, como es mi caso, revivir muchos momentos inolvidables.

Espero con ganas Valhondo.

¡Ah! Me escolaricé a los 11 años y tuve la suerte de tener una beca y poder estudiar enfermería, profesión que he disfrutado 40 años. Tengo que dar las gracias a mi hermana Eloísa que me prometió que, si no me concedían la beca, trabajaría cosiendo o limpiando con tal de que yo estudiara. Ella ha sido para mí un referente de lucha y de motivación.

Un saludo.

María Ángeles Avis Alvarado
(Pamplona)



Querido Rafael:

Encontré *Quercus* por casualidad. Me sedujo su título, *Quercus*, encinas que tanto tienen que ver con mis raíces en la sierra de Cardaña. Me atrapó la belleza de su edición para no poder dejar de leer hasta el fin y que se me quedase enredado en el corazón para siempre.

La descripción que Rafael Cabanillas hace del monte es tan real que te transporta con imágenes, olores y sonidos. Y a mí, irremediablemente, me llevó a mi infancia.

Hace tiempo que busco revivir esa etapa, a la que creo que no le di la importancia que tenía. No supe ver que lo que en ese momento era pobreza se convertiría en mi forma de ser, serían mis valores.

Con los años sé que no pudo ser mejor. Aunque los Reyes Magos no llegasen al cortijo para nosotros, porque “no sabían que vivíamos allí”, que no por falta de ilusión. Pero nunca me sentí diferente o triste, mis padres hacían de las navidades algo tan bonito... Teníamos lo mejor, estar juntos, hablar, jugar, reír.

Desde los cinco años tuve que quedarme en una Escuela Hogar llena de niños y niñas de diferentes edades, pero con una cosa en común: nuestros padres eran guardas de grandes fincas. Trabajaban para un señor que no se podía permitir que un hombre faltase un rato cada día para llevar y traer a sus hijos del colegio. Dejarnos internos era lo mejor para que a nosotros no nos pasase lo que a ellos. Nosotros merecíamos estudiar.



Nunca me sentí mal por tener que quedarme allí. Volvería sin dudar a esa Escuela Hogar. Ahora sé que los que debieron sufrir fueron mis padres al dejarnos, por eso no lo cambiaría. Con su sacrificio nos brindaban la oportunidad de una vida diferente, la que ellos no tuvieron.

He tenido la infancia más bonita que podía tener, vivir en el campo. No necesitamos nunca nada, ya se dejaban la piel ellos por nosotros.

Ahora también sé que fueron unos valientes por no conformarse, valientes trabajando hasta más no poder. Incluso si su orgullo les hacía decir basta, como a mi padre, cuando las injusticias le hacían rebelarse contra el señorito... Aunque después tuviese que ir mi madre a arreglarlo (que de algo había que comer).

Con ello aprendimos lo que es la dignidad, el amor propio y ese germen de esperanza en que las cosas pueden cambiarse.

Tus libros, Rafael, me han devuelto a esa infancia para, ahora sí, darle el lugar que merece. Gracias por ponerle voz y dar visibilidad a tantas vidas. Por tratar un tema tan duro con tanta veracidad, pero contado con tanta belleza. Por dárselo a conocer al mundo a través de esta trilogía. Porque lejos de ser un tema pasado... está más vigente que nunca.

Eugenia Barragán Magdaleno
(Cardaña)



Querido Rafael:

Mi padre fue gañán, carbonero, segador, guarda... Cruzó la sierra sin descanso, zancada a zancada. Unas veces para ir a por el jornal y otras porque aquel guardia le esperaba cuando dejaba a la novia (mi madre) para que llevara “un parte”. Porque sí, para alimentar el poder que ya tenía, pero que necesitaba demostrar una y otra vez.

Mi madre atendió a los “señores”, con mi abuela, en silencio. Un plato, otro, mientras las “muchachas” seguían en el pueblo por miedo a los que pasaban por el palacio. Mi madre cosió a la marquesa, a la condesa... y tuvo que esquivar al administrador en alguna ocasión. Y ese pasado de esperas, se convertía en presente cuando “La Jose, la más chica del tío Manzanero” descosió una parte de su historia para regresar a casa en aquel caballo de su memoria. O esa mortaja que “la tía Pía” me enseñaba cada verano por si acaso esa muerte, cercana en parentesco, decidía visitarnos de madrugada.

Quercus lo cuenta y sabe cómo hacerlo. No es solo leer lo que ya conoces, lo familiar de la historia, sino que utiliza un lenguaje atractivo, sencillo, pero con la composición justa para que alcance el nivel de los grandes. El uso de palabras muy reconocibles en estos lugares oretanos acerca el relato al lector; caminas entre esos valles, entre encinas, rebollos... y entras a las casas de esos vecinos que buscan sobrevivir, nada más, solo amanecer. Los ideales, a veces, quedan para cuando el estómago tiene algo que remover. Pero incluso ahí, en ese hueco del silencio para que llegue el anochecer, la dignidad sabe dónde pervivir.

Sobresaliente Rafael Cabanillas Saldaña, no solo la historia, sino el lenguaje, la sintaxis y la forma de contarla.

Carmen Blesa Manzanero
(San Pablo de los Montes)

Estimado Rafael:

Acabo de leer tu libro *Enjambre* y estoy empezando *Quercus*. Te digo por qué he invertido el orden:

Soy una maestra jubilada que nació y me crié en *Enjambre*.

Me ha impactado tu sensibilidad, ternura, respeto... A veces me he emocionado y se me ha escapado alguna lagrimilla... Sobre todo con *Deogracias* y sus métodos de lectoescritura.

Hemos sido siete hermanos.

Mi padre era el cartero del *Enjambre* e iba a diario, con su yegua, a llevar y recoger las cartas a *Anchuras*. Entonces se escribían más cartas. Las niñas, y sobre todo yo que era la pequeña, nos encargábamos del reparto.

Como anécdota: nosotros teníamos un rebaño de ovejas y cabras y el pastor, ya mayor, era tío Eladio, “mi tío” Eladio.

Tenía una hermana que había emigrado a Argentina y le escribía de vez en cuando.

Yo le leía y respondía estas cartas porque él no sabía leer, ni su mujer tampoco.

Aún recuerdo con muchísimo cariño, cuando yo con 6, 7, 8... años, le leía y él lloraba con una emoción incontenible.

A los 12 años me fui a estudiar a Talavera de la Reina, interna en un colegio de monjas donde habían estudiado dos de mis hermanas mayores.

Me hice maestra, me casé con un maestro, y he ejercido mi profesión durante unos 40 años en la Escuela Pública, en pueblos de la zona sur de Madrid.

Esa parte de mi vida en mi pueblo ha sido muy rica, no en cosas materiales, que carecíamos de casi todo, pero sí en sentimientos y experiencias enriquecedoras.

Mis padres, cuando se quedaron solos, se fueron a vivir a *Anchuras*.

No podía dejar de comunicarte esto a ti que me has llevado a andar otra vez por estos “andurriales” que anduve de “niña chica”.

Gracias. Un abrazo.

María Dolores Fernández Díaz
(Getafe)



Nacer y criarse en un chozo, en la aldea del Enjambre o en una casilla perdida de la sierra... para que hoy, los hijos de estas mujeres sean personas de bien y de provecho, como siempre se ha dicho.

Personas de ley, personas íntegras. Albañiles, panaderas, mecánicos, auxiliares en residencias de ancianos... y otros, maestras y maestros, profesores y profesoras de Universidad. Las personas buenas, el corazón y las manos, que hacen funcionar el planeta.

Se llama Lucha, Orgullo y Dignidad.



EN LA RAYA DEL INFINITO

Quercus  **Enjambre**  **Valhondo**

“La excepcional trilogía sobre esa España
que nunca debemos olvidar”

editorial



cuarto
centenario